

LA UNIVERSIDAD EN LA ENCRUCIJADA CULTURAL *

Tomás Vásquez A.
Profesor Universidad Pedagógica Nacional

La abeja sabe muchas cosas porque ve, pero no sabe aprender porque forma parte de aquellos animales que no tienen la facultad de oír. Por ello, la Universidad, ese lugar en el que se sabe aprender y se aprende a saber, no será nunca, a pesar de ciertas apariencias, una especie de panal.

Jacques Derrida. "Las pupilas de la Universidad. El principio de razón y la idea de Universidad".

PRESENTACION

Abordar el problema de las complejas relaciones que se tejen entre investigación, cultura y universidad es oportuno hoy cuando las univer-

sidades, los Estados y los científicos sociales están preocupados y ocupados por la calidad de la educación superior, el desarrollo de la investigación y las dinámicas sociales, respectivamente.

Por otra parte, las universidades entendiendo que los problemas que las aquejan son comunes, han decidido aunar esfuerzos y crear sus propias asociaciones y convenios

a nivel internacional, nacional y regional. Allí la problemática de la universidad ha sido objeto de reflexión en foros y seminarios ocasionales y permanentes. La formación de docentes, el currículo, la investigación, la calidad y la equidad de la educación, la evaluación, la autoevaluación, la acreditación, etc. son hoy los temas objetos de dichas reflexiones en las universidades.

* Conferencia dictada en el Seminario "Cultura universitaria e investigación", organizado por el grupo interuniversitario INVESTIGARE, Universidad Los Libertadores, Santafé de Bogotá, octubre 3-4 de 1996.

Pero con relación al tema de la cultura, la situación ha sido distinta pues, muy a pesar de los aportes que vienen haciendo las ciencias sociales y las teorías de la cultura, en el sentido de mostrar la relevancia y lo estratégico del campo cultural en tiempos de profundas mutaciones sociales, la universidad ha estado más bien de espaldas al debate y apenas sí empieza a participar. La razón de ello ha sido, tal vez, el hecho de que la cultura no constituye tema, ni perfiles, ni programas académicos. Ha sido pues tema marginal en los estudios académicos. Por esto, introducir el problema de la cultura al hablar de universidad significa abrir una brecha y dotar de sentido histórico tanto los análisis como las políticas a seguir.

El presente texto no es más que un intento de aproximación a pensar la universidad desde los contextos culturales.

EL CAMPO DE LA CULTURA: DEL JUICIO CRÍTICO A LA EXPERIENCIA COTIDIANA

Si algunas ideas han estado históricamente asociadas con la universidad, ellas han sido las de cultura e investigación. La primera como sinónimo de erudición y de estética, y la segunda como una práctica genuina del espacio universitario en cuanto generadora de conocimientos. Fue esa concepción aristocrática y monoespacial de cultura y de investigación una de las razones que contribuyeron a legitimar la hegemonía de la universidad y, con ella, a conformar una representación colectiva acerca de que tiene poco sentido intelectual ocuparse de todo lo que esté por fuera de los intereses de la universidad.

Pero los movimientos, los de la sociedad y los de las ciencias sociales, han provocado una ruptura no sólo en el estrecho y excluyente concepto de cultura, sino también, en el delimitado espacio de la universidad. De allí que hoy esa asociación se haya relativizado o debilitado, generando una descentración del saber del antes exclusivo espacio universitario. Y ha sido precisamente esa des-centración de los saberes del ámbito de la universidad lo que, al mismo tiempo, ha producido una re-semantización de los conceptos de cultura y de universidad.

La visión "contenidista" de cultura, es decir, aquella que la piensa sólo como contenido curricular de los programas de estudio, y que atravesó durante mucho tiempo la escuela desde los primeros hasta los últimos niveles, fue removida durante la década de los sesenta cuando la cultura se nos convirtió en objeto de estudio y tema de debate. A esto contribuyeron, entre otros, los filósofos alemanes de la escuela de Frankfurt, Marcuse, Horkheimer y Adorno, quienes centran sus reflexiones en la naturaleza ideológica de la cultura de la sociedad post-industrial, es decir, la cultura de masas o "industria cultural", en la que estos autores no veían más que la manipulación ideológica que ejerce la razón instrumental sobre la indefensa conciencia de las masas. Esta visión apocalíptica y bastante politizada se fusionó con la línea francesa reproductivista expresada en los planteamientos de Althusser, para quien las instituciones sociales, no pasaban de ser "aparatos" ideológicos que reproducen la cultura dominante.

Un poco ajeno o distante a los estudios anglosajones e italianos de

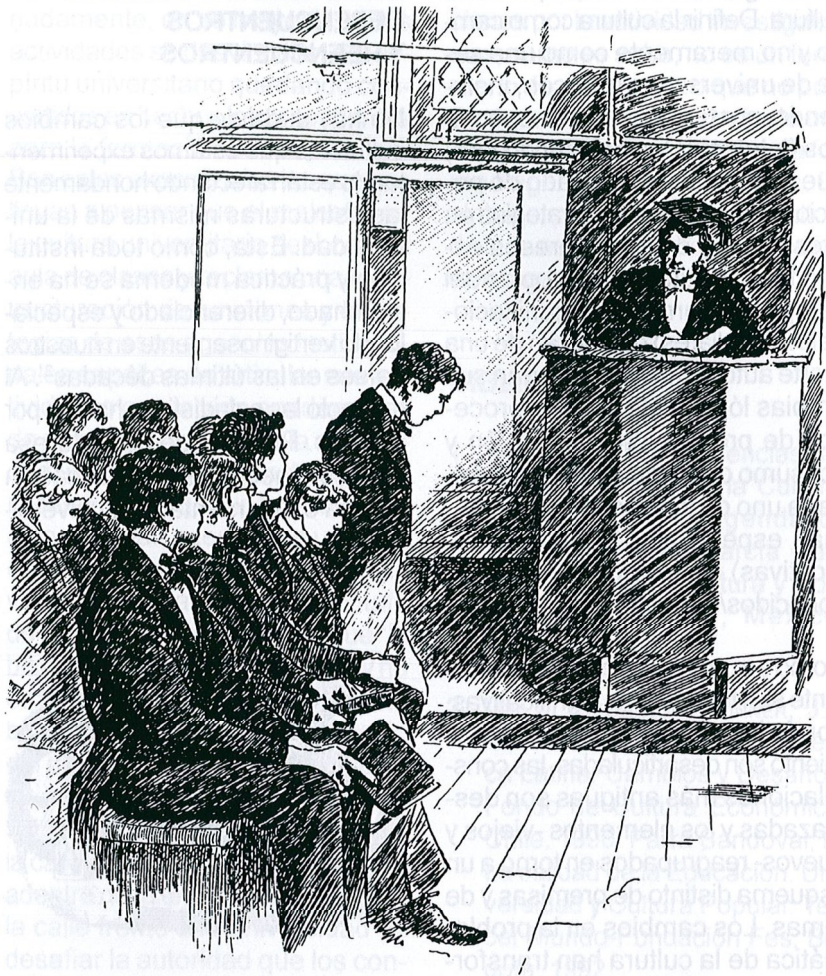
la misma época, el debate en la universidad latinoamericana sobre la cultura, alimentado por las ideas francesas y alemanas antes señaladas, tomó sus peculiares matices y, articulándose con los contextos económicos y políticos, dio origen y forma a lo que en su momento se llamó "teoría de la dependencia" la que, con todas sus precariedades, puede considerarse históricamente, como una propuesta política y educativa originalmente latinoamericana.

Con respecto a lo anterior, vale recordar al pionero Paulo Freire cuyos títulos de sus obras explicitan esto, por ejemplo: "La Pedagogía como praxis de la libertad" y "Pedagogía del Oprimido". O al también pionero, en los estudios de comunicación, Armand Mattelart con sus obras: "La Comunicación en el proceso de liberación Nacional", "Para leer al Pato Donald" y "Medios de comunicación. Mito burgués vs lucha de clases". En síntesis, abordar el problema de la cultura en nuestras universidades, equivalía, en buena parte, a una toma de posición política, es decir, de denuncia o contestación. Se buscaba, desde la universidad, encarar los problemas de los espacios sociales y de los sujetos marginales a partir de una centralidad disciplinar. La antropología, la sociología y la historia, por citar algunos ejemplos, delimitaban cuidadosamente sus fronteras temáticas para asegurar de este modo sus objetos de estudio. La primera tuvo en lo indígena su casi único objeto de investigación durante mucho tiempo. La segunda se centró en lo rural, mientras que la tercera se ocupaba fundamentalmente de las luchas de clases.



Pero los años ochenta llegaron con sus movimientos sociales y sus procesos de modernización, con la reconfiguración de los espacios políticos y económicos, con las transformaciones de los modos de vida colectivos generados por la presencia de las Nuevas Tecnologías, con las veloces y anárquicas urbanizaciones que, entrelazados, constituyen verdaderos desafíos a las concepciones que de cultura se manejaban hasta entonces en las ciencias sociales y en la universidad en general.

Son estos nuevos escenarios sociales de la modernidad los que han exigido unos replanteamientos en las ciencias sociales, en cuanto a teorías y métodos de estudio e investigación, y una reubicación histórica de la universidad. En esta perspectiva, empieza a configurarse, más bien desde las prácticas que desde las fastidiosas y retóricas exclamaciones, un proyecto interdisciplinario denominado "Teoría de la Cultura" que intenta poner el énfasis de su análisis no en los textos sino en los contextos, no en los objetos (recuérdese el debate de los 70) sino más bien en los sujetos, situándolos como actores en el espacio de lo cotidiano y analizando y pensando sus prácticas en las que materializan una concepción del mundo y una forma de vivir, de producir y de relacionarse que no son simplemente manipulación o simulación; que no concentra tanto la atención en los homogéneos contenidos sino en las desiguales apropiaciones que de ellos hagan los heterogéneos destinatarios. En fin se trata de asumir la cultura en sus movimientos sociales: su producción, circulación y recepción y, frente a ello, la actividad de los actores.



En esta perspectiva, y en concordancia con lo anterior, se trata de asumir el concepto de cultura, por lo demás, demasiado complejo, como un modo de organizar el movimiento constante de la vida concreta, como el principio organizador de la experiencia mediante la cual estructuramos el presente a partir del lugar que ocupamos en la red de las relaciones sociales. Pero también la cultura es sueño, fantasía, proyección de la vida y del trabajo, recuerdo siempre selectivo y reconstituido desde el ahora. De esto se sigue que un proyecto cultural es necesariamente un proyec-

to de vida a la vez que un proyecto de sociedad.

La idea de Bourdieu, de concebir la cultura de una determinada sociedad como una relación social dinámica, movilizante y acumulable tiene su base histórica en lo anteriormente dicho y su clave metodológica en el concepto de campo. J.J. Brunner, un investigador de la cultura y de la universidad latinoamericana, hace una buena síntesis al respecto al decir cómo "las corrientes de preocupación por los fenómenos culturales desembocan en los años 80 en América Latina en

la configuración del campo de la cultura. Definir la cultura como campo y no meramente como una serie de universos simbólicos, incluyendo, por tanto: actores específicos (intelectuales en sentido lato) que operan en un mercado de posiciones y despliegan estrategias en prosecución de sus intereses específicos; instituciones propias del campo (con arreglos organizacionales peculiares) que gozan de una fuerte autonomía y despliegan sus propias lógicas de acción; procesos de producción, circulación y consumo de productos simbólicos, cada uno de los cuales posee formas específicas (técnico-comunicativas) de ser generados y reconocidos/apropiados¹.

Como se puede observar, lo importante son las rupturas significativas, donde las viejas líneas de pensamiento son desarticuladas, las constelaciones más antiguas son desplazadas y los elementos -viejos y nuevos- reagrupados en torno a un esquema distinto de premisas y de temas. Los cambios en la problemática de la cultura han transformado significativamente la naturaleza de los interrogantes que son formulados, las formas en que ellos son planteados y los modos en que pueden ser respondidos.

Esa configuración del campo de la cultura en nuestro países, que moviliza y a su vez es movilizado por una modernidad compulsiva y periférica, nos ayuda a visualizar su relación con otro campo, el de la universidad, sus encuentros y sus desencuentros.

¹ Brunner, J.J. "Las Ciencias Sociales y el tema de la Cultura: Notas para una agenda de Investigación". En: García Canclini, N. (comp.) Cultura y Pospolítica, Grijalbo, México, 1995. pág. 44.

UNIVERSIDAD Y CULTURA. DESENCUENTROS Y REENCUENTROS

No hay duda de que los cambios culturales que estamos experimentando están afectando hondamente las estructuras mismas de la universidad. Esta, como toda institución y práctica moderna se ha ensanchado, diferenciado y especializado vertiginosamente en nuestros países en las últimas décadas². Al respecto las estadísticas hablan por sí solas. Pero lo que nos interesa aquí es el hecho de la masificación que ha experimentado la universi-



dad y lo que esto tiene que ver con la cultura. Pero, ¿qué quiere decir esto? Poco en relación con la cuantificación y mucho más acerca de unas nuevas formas de sociabilidad y de relación con el conocimiento y la cultura.

Se puede decir que, con su crecimiento, la universidad ha logrado como nunca antes una plena insti-

² Ver al respecto. Brunner J.J. Educación Superior en América Latina: Cambios y Desafíos. Fondo de Cultura Económica, Chile, 1990. Parra Sandoval, R. La calidad de la Educación. Universidad y Cultura Popular. Tercer Mundo-Fundación Fes, Bogotá, 1992.

tucionalización, pero simultáneamente la puesta en cuestión y relativización de sus competencias y funciones tradicionales³. Una de estas características tradicionales es la racionalidad de su quehacer investigativo y docente. La universidad se ha tenido culturalmente como el espacio de lo serio, del rigor, del método y la disciplina, es decir, del Reino de la Necesidad en donde el conocimiento es el fruto del esfuerzo y el sacrificio a través de la duda y la sistematicidad. Pero, más allá de las filosofías postmodernas es innegable el hecho de la encrucijada en que la cultura de masas mantiene a la universidad. Su expansión, indudablemente rentable en términos económicos, está siendo permeada con asombrosa facilidad por la "industria cultural" que sutilmente entra a la universidad por varias puertas. Una, verdaderamente incerrable, la constituyen los mismo jóvenes, con sus nuevas sensibilidades, sus gustos y sus pertenencias culturales que entran en choque con las normatividades y la racionalidad universitaria.

Dos: Los Nuevos Lenguajes Tecnológicos que han provocado una des-centración cultural del libro, nada menos que el eje tecno-pedagógico alrededor del cual se ha centrado históricamente el saber. Allí se abre una gran brecha lúcidamente ubicada por un teórico de la cultura bastante cercano a nosotros, al describirnos cómo la escuela escamotea el conflicto de estos lenguajes tecnológicos "reduciéndolo a sus efectos morales y traduciéndolo a un discurso de lamentaciones sobre la manipulación que los

³ Ver al respecto, Ortega. F. El Mito de la Modernización. Anthropos, Barcelona, 1994.



medios hacen sobre la superficialidad, el conformismo y el rechazo al esfuerzo que inoculan en los jóvenes de morbo, banalidad y ruido. Lo que esa reducción impide es que ya no la escuela sino el sistema educativo se haga preguntas como estas: ¿qué significa saber y aprender en el tiempo de la economía informacional y los imaginarios comunicacionales movilizadas desde las redes que insertan instantáneamente lo local en lo global? ¿Qué desplazamientos epistemológicos e institucionales están exigiendo los nuevos dispositivos de producción y apropiación cognitiva a partir del interfaz que enlaza las pantallas hogareñas de televisión con las laborales del computador y las lúdicas de los video juegos? ¿Qué saben nuestras facultades de educación sobre las hondas modificaciones en la percepción del espacio y el tiempo que viven nuestros jóvenes? ¿Está la educación haciéndose cargo de esos interrogantes? y, si no lo está haciendo, cómo puede pretender ser hoy un verdadero espacio social y cultural de apropiación de conocimientos?⁴.

Finalmente encontramos una tercera puerta que se entreabre, a veces recelosamente. Se trata de las agencias culturales universitarias desde donde se despliega parte de las políticas institucionales. Llamadas indistintamente "extensión cultural", "divulgación cultural" o "bienestar universitario", estas instancias ofrecen espacios lúdicos que funcionan como verdaderos desfogaderos culturales, imitando los esquemas

de la cultura de masas. Desafortunadamente, en su mayoría, estas actividades se desvinculan del espíritu universitario quedando convertidos en hechos intrascendentes para la formación de los jóvenes. Son estas experiencias las que nos llevan a pensar que el malestar en la cultura universitaria desborda el aula de clases y reclama una reestructuración de funciones y estrategias de esas agencias institucionales capaces de articular sus actividades con la vida académica y de que los miembros de la comunidad universitaria hagan de este espacio algo más que un lugar de paso o un no-lugar, pues lo que un estudio reciente sobre los entornos universitarios en la ciudad de Santafé de Bogotá ha dejado ver es que "la búsqueda de los jóvenes de hoy no es propiamente académica, es una búsqueda que parte del presupuesto del placer de vivir, simplemente vivir sin mayores preocupaciones sobre lo que sucede en el país. En la calle encuentran lo que no tienen adentro de la universidad. Estar en la calle frente a la universidad es desafiar la autoridad que los controla durante la semana"⁵.

Surge entonces un interrogante: ¿cómo es posible materializar la idea de una cultura investigativa en la universidad, desconociendo los fenómenos antes anotados? Esta pregunta puede ser menos desafiante si nuestras universidades empezaran por un reconocimiento de los contextos culturales en que están inscritas para, desde allí, diseñar y gestionar estrategias institucionales capaces de atraer o de

acercar a quienes sientan inclinaciones por la actividad investigativa que, como se sabe, no es un fenómeno de masas, pero que no puede desconocer el contexto de una cultura de masas que es hoy la forma hegemónica de la cultura. En síntesis, para hablar de una cultura de la investigación, empecemos por investigar la cultura.

BIBLIOGRAFIA

1. BRUNNER, J.J. "Las Ciencias Sociales y el tema de la Cultura: Notas para una agenda de Investigación". En: García Canciani, N. (comp.) *Cultura y Política*. Grijalbo, México, 1995, pág. 44.
2. Ver al respecto. BRUNNER, J.J. *Educación Superior en América Latina: Cambios y Desafíos*. Fondo de Cultura Económica. Chile. 1990. Parra Sandoval, R. *La calidad de la Educación*. Universidad y Cultura Popular. Tercer Mundo-Fundación Fes, Bogotá, 1992.
3. Ver al respecto. ORTEGA, F. *El Mito de la Modernización*. Anthropos. Barcelona. 1994.
4. MARTÍN BARRERO, J. "Heredando el Futuro. Pensar la educación desde la comunicación". *Revista Nomadas*, No. 5. Universidad Central, Santafé de Bogotá, pág. 13.
5. ALAPE, A. *La Ciudad y los Jóvenes*. Seminario Internacional. "¿Qué sabemos de los jóvenes?" Universidad Central, Santafé de Bogotá, septiembre 4-6 de 1996.

⁴ Martín Barrero, J. "Heredando el Futuro. Pensar la educación desde la comunicación". *Revista Nomadas*, No. 5. Universidad Central, Santafé de Bogotá, pág. 13.

⁵ Alape, A. *La Ciudad y los Jóvenes*. Seminario Internacional. "¿Qué sabemos de los jóvenes?" Universidad Central, Santafé de Bogotá, septiembre 4-6 de 1996.

